

Colección Eos



Tomo IV = Precio: 10 CÉNTIMOS = Cuaderno 47

LIBROS PROPIOS PARA NIÑOS

DE VENTA EN LA LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

<i>Cuentos de una buena madre</i>	3.00
<i>Leyendas de Flandes</i>	3.00
<i>La Gitaniilla</i>	3.00
<i>La española inglesa</i>	3.00
<i>Viajes y aventuras</i>	3.00
<i>Cuentos de la Alhambra</i>	3.00
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i>	3.00
<i>Zoología pintoresca</i>	3.00
<i>Martin el tonelero</i>	2.50
<i>Cuentos de Andersen</i>	2.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm</i>	2.50
<i>Flores y arboledas</i>	2.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego</i>	1.90
<i>El Kreutzer</i>	1.90
<i>Fábulas de Iriarte</i>	2.00
<i>La vida es sueño</i>	2.00
<i>El Conde Lucanor</i>	2.00
<i>Hernán Cortés</i>	2.00
<i>El Califa cigüeña</i>	2.00
<i>El hurto sabroso</i>	1.00
<i>La voz de las campanas</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>¡Dios salve a la Reina!</i> , Allen Upwar.....	1.00
<i>Minnie</i> , A. Lichtenberger.....	1.00
<i>Casa por alquilar</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Nerto</i> , Federico Mistral.....	1.00
<i>El secreto del ahorcado</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Tom Sawyer, detective</i> , Mark Tuain.....	1.00

Los huevos de Pascua : Cuentos de Carlos Perrault

El pájaro azul : Novelas caballerescas

Cuentos de la Condesa d'Aulnoy : La entrada del Paraíso

Sor Teresa : Un duelo en la Edad Media

El ángel bueno y el ángel malo : El ramo de oro

Cada tomo lujosamente empastado ₡ 1.50.

La torre negra : El niño robado : El doctor Langevo

El cazador furtivo : El caballero de Lys

El tesoro : La rosa de los vientos : Un sueño

de cien años : El caballero del cisne : Un visitante misterioso

: El compadre de la muerte : La virgen de los espinos

: El triunfo del Ave Maria.

Cada tomo empastado ₡ 0.50.

Núm. 47 — OCTUBRE — Año 1917

San José, C. R.

COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

HACE 74 AÑOS

DISCURSO DEL SEÑOR BELLO* EN LA INSTALACIÓN
DE LA UNIVERSIDAD CHILENA

(17 Setiembre 1843)

SEÑORES:

El Consejo de la Universidad me ha encargado expresar a nombre del Cuerpo nuestro profundo reconocimiento, por las distinciones y la confianza con que el Supremo Gobierno se ha dignado honrarnos. Debo también hacerme el intérprete del reconocimiento de la Universidad por la expresión de benevolencia en que el señor Ministro de instrucción pública se ha servido aludir a sus miembros. En cuanto a mí, sé demasiado que esas distinciones y esa confianza las debo mucho menos a mis aptitudes y fuerzas, que a mi antiguo celo (esta es la sola cualidad que puedo atribuirme sin presunción), a mi antiguo celo por la difusión de las luces y de los sanos principios, y a la

* DON ANDRÉS BELLO, el autor de la *Gramática Castellana*, de los *Principios de Derecho de gentes*, del *Proyecto de código civil*, del *Compendio de Cosmografía*, del canto a la *Zona Tórrida*, de la *oración por todos* en castellano, etc. Nació en Caracas el 29 de Noviembre de 1781. Murió a los 85 años.

dedicación laboriosa con que he seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas. Siento el peso de esta confianza; conozco la extensión de las obligaciones que impone; comprendo la magnitud de los esfuerzos que exige. Responsabilidad es esta, que abrumaría, si recayese sobre un solo individuo, una inteligencia de otro orden, y mucho mejor preparada que ha podido estarlo la mía. Pero me alienta la cooperación de mis distinguidos colegas en el Consejo y el Cuerpo todo de la Universidad. La ley (afortunadamente para mí) ha querido que la dirección de los estudios fuese la obra común del Cuerpo. Con la asistencia del Consejo, con la actividad ilustrada y patriótica de las diferentes facultades; bajo los auspicios del Gobierno, bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas, me es lícito esperar que el caudal precioso de ciencia y talento, de que ya está en posesión la Universidad, se aumentará, se difundirá velozmente, en beneficio de la religión, de la moral, de la libertad misma, y de los intereses materiales.

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la Religión) es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que

trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad—y digo más—lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del Estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que por una coincidencia significativa es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la Patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón deplegase jamás las velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan. No para refutar lo que ha sido mil veces refutado, sino para manifestar la correspondencia que existe entre los sentimientos que acaba de expresar el señor Ministro de instrucción pública y los que animan a la Universidad, se me permitirá que añada a las de Su Señoría algunas ideas generales sobre la influencia moral y política de las ciencias y de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, y sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación chilena.

Lo sabéis, señores: todas las verdades se tocan: desde las que formulan el rumbo de los mundos en el pélagos del espacio; desde las que determinan las

agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases inconvencibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo *los adelantos en todas líneas* comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantos en el orden moral y político. ¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo hace pesar su cetro de hierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las hordas africanas, en que el hombre, apenas superior a los brutos, es como ellos un artículo de tráfico para sus propios hermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fué la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que ha restituido sus títulos de ingenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento, que se propaga en todos

sentidos, acelerado continuamente por la prensa y por las letras; cuyas undulaciones, aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo. Todas las verdades se tocan; y yo ex-tiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una anti-patía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, que no puede menos de existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extra-viados han abusado de sus conocimientos para impug-nar el dogma, ¿qué prueba esto sino la condición de las cosas humanas? Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extin-guir esta curiosidad, esta noble osadía del entendi-miento, que le hace arrostrar los arcanos de la natura-leza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afean y envilecer la religión misma. He dicho que todas las verdades se tocan, y aun no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema en que no puede haber regularidad y armonía, sin el concurso de cada una. No se puede paralizar fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen.

Las ciencias y las letras, fuera de este valor social,

fuera de esta importancia que podemos llamar instrumental, fuera del barniz de amenidad y elegancia que dan a las sociedades humanas, y que debemos contar también entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama, placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en que el alma no se dice a sí misma:

... Medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit; ¹
De en medio de la fuente del deleite
Un no sé qué de amargo se levanta,
Que entre el halago de las flores punza.

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigiliás que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas, no hablo de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres, más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escocés, ² sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro y de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremeceer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla y

¹ Lucrecio.
² Tomás Brown.

sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigiliás. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza; para él solo se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa), el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las más sublimes especulaciones que nos ha dejado la antigüedad gentílica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigación importante. Chenier, aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

«Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire
Anime la fin d'un beau jour,
Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre».

Cual rayo postrero,
cual aura que anima
el último instante
de un hermoso día,
al pie del cadalso
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices a el alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aun más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

Hay otro punto de vista en que tal vez lidiaremos con preocupaciones especiosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta en una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella. Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias hacen beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de la Alemania, de la Francia, de los Estados

Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, a donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro Gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador.

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el Gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero por eso mismo creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclamian las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusión de la enseñanza elemental; aunque es incontestable que las ciencias y las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no la contrarían. Lo que digo es que el primero es una

condición indispensable de la segunda; que donde no exista aquél, es imposible que la otra, cualesquiera que sean los esfuerzos de la autoridad, se verifique bajo la forma conveniente. La difusión de los conocimientos supone uno o más hogares, de donde salga y se reparta la luz, que extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruídos; y las aptitudes de estos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada. La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo. Pero la ley, al plantear de nuevo la Universidad, no ha querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustración a difundirse, ya que la imprenta da en nuestros días una fuerza y una movilidad no conocidas antes; ella ha unido íntimamente las dos especies de enseñanza; ella ha dado a una de las secciones del Cuerpo universitario el encargo especial de velar sobre la instrucción primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagación, de contribuir a sus progresos. El fomento, sobre todo, de la instrucción religiosa y moral del pueblo es un deber que cada miembro de la

Universidad se impone por el hecho de ser recibido en su seno.

La ley que ha restablecido la antigua Universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apunta ya los grandes objetos a que debe dedicarse este Cuerpo. El señor Ministro vice-patrono ha manifestado también las miras que presidieron a la refundición de la Universidad, los fines que en ella se propone el legislador, y las esperanzas que es llamada a llenar; y ha desenvuelto de tal modo estas ideas, que siguiéndole en ellas apenas me sería posible hacer otra cosa que un ocioso comentario a su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones que me parecen tener su importancia.

El fomento de las ciencias eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros del culto, y en último resultado a proveer a los pueblos de la República de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la Universidad a la causa de la moral y de la religión. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educación general indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo.

A la facultad de leyes y ciencias políticas se abre un campo el más vasto, el más susceptible de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el Gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria. Herederos de la legislación del pueblo rey, tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos que despojar las incoherencias que deslustran una obra a que han contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos que acomodarla, que restituirla a las instituciones republicanas. ¿Y qué objeto más importante o más grandioso, que la formación, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta y pronta administración de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico? La Universidad, me atrevo a decirlo, no acogerá la preocupación que condena como inútil o pernicioso el estudio de las leyes romanas; creo por el contrario que le dará un nuevo estímulo y lo asentará sobre bases más amplias. La Universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lógica jurídica y forense. Oigamos sobre este punto el testimonio de un hombre a quien seguramente no se tachará de parcial a doctrinas antiguas; a un hombre que en el entusiasmo de la emancipación popular y de la nivelación democrática ha tocado tal vez al extremo. «La ciencia estampa en el derecho su sello: su lógica sienta los principios, formula los axiomas, deduce las consecuencias, y saca

de la idea de lo justo, reflejándola, inagotables desenvolvimientos. Bajo este punto de vista, el Derecho Romano no reconoce igual: se pueden disputar algunos de sus principios; pero su método, su lógica, su sistema científico, lo han hecho y lo mantienen superior a todas las otras legislaciones; sus textos son la obra maestra del estilo jurídico; su método es el de la geometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral». Así se explica L'Herminier, y ya antes Leibnitz había dicho: «In iurisprudencia regnant (Romani). Dixi saepius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum romanorum iurisconsultorum scriptis comparari possit: tantum nervi inest; tantum profunditatis!»

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en este, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria.

La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su ger-

minación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud. ¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procedimientos bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aun de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos; a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?

Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezquino *cui bono?* y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque, como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa que descubre el velo a los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sabio inglés, que me ha honrado con su amistad. «Ha sido», dice el doctor Nicolás Arnott, «ha sido una preocupación el creer que las personas instruidas así en las leyes generales, tengan su aten-

ción dividida, y apenas les quede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porque los conocimientos generales hacen más claros y precisos los conocimientos particulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves que nos dan entrada a los más deliciosos jardines que la imaginación puede figurarse; son una vara mágica que nos descubre la faz del universo y nos revela infinitos objetos que la ignorancia no ve. El hombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos y amigos, mientras el hombre ignorante peregrina por una tierra extraña y hostil. El que por medio de las leyes generales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una historia sublime que le habla de Dios, y ocupa dignamente su pensamiento hasta el fin de sus días».

Paso, señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que por el estudio de otros idiomas vivos y muertos nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de traducciones siempre y necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes los acentos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que por la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón; que, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios

severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentarlos, señores, según yo lo concibo, el programa de la Universidad en la sección de filosofía y humanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de Fray Luis de Granada: no quiero ir tan lejos—hallaremos en el diccionario de Iriarte y Moratín, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy día sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara trasmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aun

a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? ¿Y no trasparente perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correpondencia y comercio*.

* Alude el orador a la escuela del argentino Sarmiento, tan celebrada todavía en Costa Rica.

En el año anterior, 1842, Domingo Faustino Sarmiento, había acusado de funestas a la juventud las enseñanzas que daba BELLO, porque diz que se reducían a explicar la *forma* y no el *fondo* de las cosas, en vez de dar vuelo y empuje a la inteligencia, abandonándola a sus propias fuerzas; y aludiendo al mismo BELLO había estampado en el *Mercurio* estas textuales palabras: «Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla, que en todos sus estudios no es más que un

retrogrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarse en su propia cancha; allá está su puesto; acá es un anacronismo perjudicial».

Sarmiento, que no recibió educación literaria, no comprendió que las humanidades son una escuela de disciplina mental, una gimnástica del entendimiento, que comunica al que en ella se ha ejercitado, adaptabilidad maravillosa, para todo linaje de aplicaciones. Dígalo, sin ir más lejos, el mismo BELLO, pues sin haber sido abogado, ni haber cursado derecho en su juventud, sacó de sus especulaciones humanísticas lucidez y agilidad bastantes para aplicarse con provecho a estudios jurídicos, y supliendo con el poder de generalización de que gozan los talentos cultivados, lo que le faltaba, compitió con envejecidos juriconsultos, y supo dejarlos rezagados cuando presentó su monumental *Proyecto de código civil*.

El indómito hijo de la Pampa, aquel encarnizado enemigo de las humanidades y la filosofía, por una contradicción que no se explica sin estudiar las circunstancias particulares de Chile en aquella época, fué desde un principio miembro de la Facultad de *Humanidades y filosofía*, y miembro de ella con no escaso prestigio sobre sus compañeros, según aparece de los *Anales* de aquella universidad.

Hubo, pues, de presenciar Sarmiento aquella fiesta en que, en lugar de revolcarse con Hermosilla y Salvá en su propia cancha, BELLO se levantaba y cernía, cual águila imperial, sobre sus envenenados agresores.

Muy probablemente alude también a los ataques de Sarmiento el lastimado poeta cuando dice en *El Proscrito*:

¡Al campo! ¡al campo! Allí la peregrina
Planta que floreciendo en el destierro,
Suspira por su valle o su colina,
Simpatiza conmigo. El río, el cerro,
Me engaña breve tiempo y me alucina,
Y no me avisa ingrata voz que yerro;
Ni disipando el lisonjero hechizo,
Oigo a nadie decir: *¡Advenedizo!*

La Universidad fomentará, no sólo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé

si me engaño. La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la Universidad. Respetando como respeto las opiniones ajenas, y reservándome sólo el derecho de discutir las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí, el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. Yo miro, señores, a Herder, como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia

del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad cabalmente que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia, me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porque nada hace más desabrida la enseñanza que las abstracciones, y nada la hace fácil y amena, sino el proceder que amoblando la memoria ejercita al mismo tiempo el entendimiento y exalta la imaginación. El raciocinio debe engendrar el teorema; los ejemplos graban profundamente las lecciones.

¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera sobre todo dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que en un momento de exaltación poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que por una preocupación injusta se las había creído privadas? Muestras brillantes, y no limitadas al sexo que entre nosotros ha cultivado hasta ahora casi exclusivamente las letras, la habían refutado ya. Ellos la han desmen-

tido de nuevo. Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontables del verdadero talento, y aun con relación a algunas de ellas, pudiera decir, del verdadero genio poético. Hallo en algunas de esas obras una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que parece que sólo pudo dar un largo ejercicio) una versificación armoniosa y fluida, que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas y sale airosa de esta arriesgada prueba. La Universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá tal vez: «Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la Cordillera de los Andes y la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más: tratad asuntos dignos de vuestra Patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras:

... Musarum sacerdos,
Virginibus puerisque canto. 1

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven República? Celebrad sus grandes días; tejed guirnaldas a sus héroes; consagrad la mortaja de los mártires de la Patria». La Universidad recordará al

1 Horacio.

mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: «Es preciso,» decía Goethe, «que el arte sea la regla de la imaginación y la trans-forme en poesía».

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante acepción, y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.

Pero no debo abusar más tiempo de vuestra paciencia. El asunto es vasto: recorrerlo a la ligera, es todo lo que me ha sido posible. Siento no haber ocupado más dignamente la atención del respetable auditorio que me rodea, y le doy las gracias por la indulgencia con que se ha servido escucharme.

Del Repertorio Colombiano.

El más activo de los colaboradores de don Mauro Fernández dijo en cierta ocasión: «Don Mauro es nuestro Sarmiento». Y un oyente contestó: «Entonces el Dr. Ferraz es nuestro Andrés Bello».

BIBLIOGRAFÍA

DE SIETE ARTÍCULOS

Estos siete artículos, publicados en folleto por la Imprenta Universitaria de Santiago de Chile, me parecen otras tantas virtudes contra no sé cuantos pecados capitales de actualidad en punto a cosas de la guerra y de los Estados neutrales. . . Digo «Estados», porque no entiendo de neutralidad posible entre «personas» de buena conciencia: éstas son «aliadófilas», o «germanófilas» . . . , aunque los Turcos, musulmanes, comulguen marcialmente con los católicos austriacos y húngaros vencidos.

Dice así el título: *Las Repúblicas sudamericanas Chile, Argentina y Uruguay, ante la guerra, en defensa de su Soberanía y su Neutralidad . . . y agrega: «Sapienti sat».*

Cierto que «basta al entendido», para comprender la situación de aquellos países, que, proporción guardando, viene a ser la misma que la de nuestras repúblicas menores. Por eso puede interesar aquí lo que allá se diga, y se dice en estos artículos.

I. El primero del opúsculo sirve de prólogo a todos los demás y fírmalo el Dr. don Galvarino Gallardo Nieto, abogado, político y publicista tan notable como todos los restantes autores de tan interesante obra. Parece germanófilo por lo mucho que debe Chile a profesores alemanes, algo que le hicieron los ingleses en la Isla de Juan Fernández y lo que Francia le impidió hacer en el Perú. Pero con todo eso, defiende la neutralidad, como pide el buen sentido común y cual saben hacerlo las personas más ilustradas.*

A lo del buen sentido práctico me parece pertenecer esto: «No nos corresponde otra figuración que la de testigos del sangriento drama; y todavía más: debemos comprender que nadie ha logrado hasta hoy dictar veredicto definitivo, ni ante la filosofía, ni ante la historia, ni ante la moral, acerca del pavoroso problema envuelto en esta interrogación: ¿la guerra periódica es acaso condición esencial e inevitable en el desarrollo de la Humanidad?»

II. De don Luis Orrego Lino se reproducen muchos párrafos de un extenso estudio inserto en el *Diario Ilustrado de Santiago*, 26 de Abril de 1917, por título *La guerra germano-americana y nuestra situación in-*

* Interrumpo al Maestro: ¿Cómo entender de neutralidad posible entre Estados compuestos de personas que sean en su mayoría de buena conciencia?—Ante el cataclismo actual, no puede haber Estados neutrales: todos los Estados, poderosos y débiles, civilizados y salvajes, todos han sido afectados por esta guerra: no hay ni uno solo para el cual sea indiferente la solución que haya de tener el conflicto europeo.—E. J. R.

ternacional. Afirma su actitud de neutralidad de Chile, aunque le hundieran barcos, «como a España, Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca, con las respectivas protestas, sin pérdida de la dignidad de tan nobles naciones»... «Se ha requerido nuestra acción moral... Es ya bastante, mientras no ocurran incidentes que nos hieran directamente... La comunicación del Brasil sobre su ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, ha dado ocasión a nuestro gobierno para insistir en sus apreciaciones sobre los derechos de los neutrales. Nuestros deberes morales están satisfechos»... Y personalmente habla el autor de sus gratas simpatías por Alemania y sus grandes hombres y pensadores.

III. Este «Señor don Javier Vial Solar» es de los que, respecto a los suyos que lo merecen, llaman los ingleses: «grandes viejos». Ha sido periodista, escritor de libros, diputado, ministro, embajador y cuanto más puede ser un hombre de mundo y entendimiento sobresaliente. Su actual escrito: *La Neutralidad de Chile*, es un llamado «Autorreportaje» donde, por preguntas y respuestas dice cuanto se le ocurre y hasta creo que pone en solfa muchas de las cosas que «al respecto» suelen decirse. Como es hombre de cosas este buen señor y político de altura, las dice paladinamente a su pueblo, aunque bien pudieran decirse también «urbi et orbi» en las presentes circunstancias de los Estados más o menos «menores en fuerza material de mar y tierra».

Ahora, si me aparto de la política—nacional e internacional,—mucho más difícil que griego para un estudiante de filosofía y letras, digo que la gallarda fran-

queza, el buen humor y las ironías socráticas de este araucano y Caupolicán en literatura filosófica me admiran mucho, aunque bien poco me sorprenden, siendo como es verdaderamente chileno de su tiempo. Germanófilo hasta cierto punto, como todos los suyos y con suficiente razón, deja sus personales simpatías de lado y parece sacrificarlas en aras de su patria. Eso parece y es lo justo, lo razonable y lo racional, y expresado con gracia, como evidentemente resulta de la presente lectura, es, asimismo bello y bueno cual importa que sea todo en la vida humana para hacerla digna de vivirse, con todo y sus dificultades.

IV. Este número cuarto del folleto que se describe aquí, es doble, *a* y *b*, porque contiene dos discursos del abogado argentino don Belisario Roldán. Veo por el retrato, que su cabeza se parece mucho a la de nuestro don Ricardo, por defuera, y creó que por dentro también. La grande oración patriótica titúlase: *La actitud de Alemania y de Inglaterra respecto de la Argentina*.

«Habré de hablar claro y alto», dice el orador. «La República Argentina necesita, desde luego, evitar el ridículo. Un país de la América Española, que se declarase en estos momentos en estado de guerra con los imperios centrales o con los aliados se habría caído de bruces en el campo de la opereta. La neutralidad, con ser un sinónimo de abstención, nos queda grande. Ni aun eso podemos ser; somos menos que neutrales, mal que nos pese. No somos, no podemos ser sino espectadores pasivos de la gran tragedia, y apenas si nos estaría permitida una rogativa, por otra parte inútil, «ad petendam pacem». Por ahí marcha el popular

discurso, tomado de *La Prensa* de Buenos Aires.

Y del *Diario Ilustrado*, de Santiago, toma el editor las brillantes palabras del Dr. Roldán a *La juventud argentina*. Así empieza: «Bien hace la juventud en expresar su júbilo sereno. Jamás en el curso de todas nuestras disidencias internacionales, la República fué objeto de una explicación más cabal que la que acaba de recibir del gobierno de Alemania, además de un desagravio en forma concluyente»... Se refiere al caso del buque *Monte Protegido*, y termina diciendo: si otro *Monte Protegido* corriese la suerte del anterior, el pueblo debe estar preparándose ya para responder con el silencio, y pensar que la dignidad argentina no puede estar a merced de la osadía de éste o de aquél comerciante».

Conviene recordar que estos discursos fueron pronunciados en Abril del corriente año, y que algo ha sucedido ahora, cuando el Senado de Buenos Aires autoriza al Poder Ejecutivo para despachar un diplomático alemán. Cierto que así no cesa, precisamente la neutralidad, o lo que sea, como tampoco hubo guerra con Inglaterra cuando echaron de Madrid, sin mayor finura, al Embajador de la Gran Bretaña, por ciertas insolencias que se había permitido... Y los ingleses, siempre hábiles buscadores, dieron con un novísimo verbo para su Diccionario Nacional... ¿Por qué no han de poder los chicos dar puntapiés morales a los grandes?

Lo sucedido, lo sabemos ya, gracias al Departamento de Estado de Washington, que ha publicado algunos telegramas del Conde de Luxburg (Encargado de Negocios de Alemania en Buenos Aires) a la Oficina de Relaciones Ex-

teriores de Berlín, transmitidos en cifra, mediante la complicidad del Encargado de Negocios de Suecia en Buenos Aires y del Ministro de Relaciones E. en Estocolmo. Aquí están los telegramas (tomados de *La Información*):

Mayo 19, 1917.—N.º 32.—Este Gobierno ha libertado los vapores alemanes y austriacos en los cuales se ha puesto una guardia. A consecuencia del arreglo del incidente del *Monte* (Protegido) ha habido un gran cambio en el sentimiento público. El Gobierno en lo futuro solamente dará despachos a vapores argentinos hasta Las Palmas. Yo ruego que los pequeños vapores *Oran* y *Guazo*, 31 de Enero, (indicando así la fecha del zarpe) de 300 toneladas que están (ahora) acercándose a Bordeaux, con intención de cambiar de bandera, no sean hundidos si es posible o que en el caso de hundirlos no se deje traza alguna del hecho.

LUXBURG

Julio 3, 1917.—N.º 59.—He sabido de fuente fidedigna que el Ministro Encargado del Despacho de Relaciones Exteriores, que es un conocido burro y un anglófilo, declaró en una sesión secreta del Senado, que Argentina pediría a Berlín la promesa de no hundir más barcos argentinos. Si Berlín no lo hace, romperá relaciones diplomáticas. Yo recomiendo que se rechace esa solicitud y que si es necesario se apele a la mediación de España.

LUXBURG

Julio 9, 1917.—N.º 64.—Sin manifestar tendencia alguna a hacer concesiones, posponga la respuesta a Argentina hasta que reciba nuevos informes. Es posible un cambio de Ministerio. En cuanto a los buques argentinos, recomiendo que se les obligue a regresar hundiéndolos sin dejar trazas, o que se les deje pasar. Todos son muy pequeños.

LUXBURG

A la hora en que circule esta revista estarán ya rotas las relaciones diplomáticas entre la Argentina y Alemania.

E. J. R.

V. Contiene este capítulo un brillante discurso parlamentario, de don Carlos Roxlo, en la Cámara de Diputados de Montevideo. Tesis: *El Uruguay debe se-*

guir el ejemplo español y permanecer neutral; Programa: «La guerra es una barbarie. América debe liberarse de influencias extrañas. Injusticia de negar la cultura alemana. Alemania no debe desaparecer. Los Estados Unidos se han enriquecido faltando a la neutralidad. El bloqueo inglés y las listas negras contrarían el Derecho de Gentes. El Uruguay debe ser neutral. Quien auxilia a un beligerante no es neutral. El Uruguay no debe dejarse sorprender por el interés de un comerciante, ni por buques ayer argentinos, hoy uruguayos y mañana ingleses. El Uruguay debe seguir el ejemplo del Rey de España».

El orador es uno de los políticos sudamericanos conscientes del actual momento histórico, y en consecuencia buen amigo y justo admirador de la Madre Patria de veinte naciones libres, aunque no sean felices del todo.

VI. Debo abreviar, y paso a este punto y elegante carta del ilustre chileno don Roberto Huneeus a un compatriota suyo que reside en París y, naturalmente, no puede ser patriota neutral, aunque personalmente sea aliadófilo. Larga es la epístola, titulada *La Guerra y la Paz* y dividida en seis capítulos, pero parece breve por su sabia sencillez y buenas proporciones. . . «¿Con qué derecho habla el autor *Del dolor y de la muerte* (dice el señor de Huneeus al señor Silva Vildósola, su paisano aliadófilo, aunque militar) «de los «países europeos», suprimiendo de entre ellos a la España, a la madre patria? Nadie había desconocido el pundonor de la Patria del Cid, de Guzmán el Bueno y de los hidalgos conquistadores de la tierra que inmortalizara Ercilla».

No, señor don Roberto Huneus, lo que es a desconocer y desvergonzarse, le digo yo a usted que no faltan tipos y «tipejos clásicos», desde los «europeizantes» de allá hasta los «trompeteros» de por acá en medio de su inconsciencia histórica y literaria.

VII. Se pone al fin, en séptimo lugar, un retrato de don Manuel Ugarte y programa de una su conferencia germanófila, en estos términos: «Las lesiones que la América latina» («española» se dice, señor mío) «ha sufrido, provienen: 1.º De los Estados Unidos—territorio segregado de Méjico, Cuba, Panamá, etc.—2.º De Inglaterra—Guayana, Belize, Malvinas, etc.—3.º De Francia—Guayana, Expedición a Méjico, etc.—Por más que busquemos no hay rastro de agresión alemana».

Por suerte para mis lectores y para mí, no se inserta, en el Opúsculo de Chile, el desarrollo de tal programa, y puedo terminar esta «bibliografía», cuasi más larga que el «libro», con un recorte de *La Revista Nueva*, de Panamá, y de un Discurso del Kaiser, donde dice:

«Es tradición» (traición dice con manifiesta errata la panameña), «es tradición en nuestra casa considerarnos designados por Dios para gobernar a los pueblos sobre los cuales nos es dado reinar. Mi abuelo se colocó, por derecho propio, la corona de los reyes de Prusia, haciendo hincapié una vez más en el hecho de que ésta le fué conferida por gracia de Dios solamente, no por el Parlamento ni por reuniones del pueblo, ni por decisión popular; él se consideraba como el instrumento elegido por el Cielo, y como tal, cumplía con sus deberes de regente y gobernante. Considerándome como el instrumento del Señor, sin atender a los pun-

tos de vista u opiniones del día, sigo mi senda, encaminada única y exclusivamente a la prosperidad y pacífico desarrollo de nuestra patria».

El movimiento democrático mundial de los últimos años sólo ha engendrado hostilidad en ese pecho regio, aparentemente incapaz de penetrarse de que una nueva era democrática ha alboreado, al fin, sobre el Imperio alemán, cuyo pueblo va a dirigir su propia vida política. Antes bien, ha tratado en Emperador de imponer las antiguas órdenes despóticas en una edad de muy diferentes y más altos ideales. Nunca olvidará ni perdonará el mundo uno de sus discursos, dirigido a los reclutas de Postdam el 23 de Noviembre de 1891, con motivo de desórdenes y agitaciones reformistas: «Más que nunca el escepticismo y el descontento yerguen sus cabezas. Puede acontecer, aunque Dios no lo permita, que tengáis que hacer fuego sobre vuestros propios padres y hermanos. Probad vuestra fidelidad, entonces, con vuestro sacrificio».

(¡Qué barbaridad, digo yo, sobre lo inhumano, contra la gramática y la divina providencia, eso de «aunque Dios no lo quiera», en vez de «¡no lo quiera Dios!») . . . Sigue *la Revista Nueva*:

«A la luz de las condiciones políticas de Alemania, trazadas en este artículo, y de los acontecimientos recientes, el siguiente párrafo de *La Historia del Mundo*, por el Dr. John Clark Ridpath (edición de 1911), suena como profecía y reluce como símbolo de esperanza para el porvenir:

«Es una desgracia que la grandeza de Alemania actual descansa todavía sobre los cimientos de la fuerza militar. Mientras esto perdure, su poderío es debi-

lidad y el sistema imperial está en peligro. El porvenir demostrará si Alemania es capaz de eliminar con su potente intelecto y su esplendidez de acción mental, los elementos de violencia, de albedrío personal, de feudalismo pretérito y de residuos absolutistas de su sistema político-social, y depositar tan sólo en su terrible crisol la belleza de su genio y el oro puro de la libertad».

Ha copiado y concluye quien suscribe: La lucha es, pues, entre el llamado «derecho divino» y el «derecho humano», entre la «fe ciega» y la «fe viva, racional obsequio», según San Pablo. La historia enseña lo que ha pasado y pasa y pasará, siempre bajo Dios y el verdadero Derecho Divino, que no puede ser tiránico».

En esta Tierra, siento y digo finalmente, sólo existe un Poder de «derecho divino» y puede llegar a ejercerlo el más humilde ciudadano, en fuerza de sus méritos personales en saber y virtudes cristianas. Es, por tanto, una espiritual monarquía electiva y la institución más democrática del mundo; sin ejército ni armada, goza del mejor acatamiento y respetuoso afecto de todos los cristianos, principalmente desde que perdió todo poder temporal: esa divina institución es y se llama el Pontificado romano.

VAL. F. FERRAZ

Imp. y Librería de Falcó & Borrásé. San José, C. R.

AGENTES DE «COLECCIÓN EOS»

<i>San José</i>	José Marín
<i>Heredia</i>	Rafael J. Elizondo
<i>Cartago</i>	David Elizondo
<i>Alajuela</i>	Ramón Méndez
<i>Limón</i>	Raúl Alvarado
<i>Puntarenas</i>	Alfredo Moya
<i>San Ramón</i>	Nautilio Acosta
<i>Santo Domingo</i>	Manuel Córdova
<i>Naranjo</i>	Demetrio Cordero
<i>Puriscal</i>	Pedro Saborio
<i>Turrialba</i>	Leovigildo Arias S.
<i>Coronado</i>	Juan Méndez Chaves
<i>Iberia</i>	Fabio Aráuz
<i>Juan Viñas</i>	Jaime Marín P.
<i>Barba</i>	Ismael Conejo C.

PUNTOS DE VENTA DE EOS: En San José, Librerías Falcó y Borrásé, 7.^a Av., Este, 42 y Lectura Barata, frente Correo.

LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

1	<i>Las Fantasías de Juan Silvestre</i> , C. Lira. C	0.25
2	<i>Oro de la Mañana</i> , Rafael Cardona.....	0.25
3	<i>Cuentos Grises</i> , Carlos Gagini.....	0.25
4	<i>Prosas</i> , José A. Silva.....	0.50
5	<i>El resplandor del ocaso</i> , Francisco Soler.	0.50

HEINE

<i>Los dioses en el destierro</i>	1.00
<i>De la Alemania</i> , 2 tomos.....	1.60
<i>Italia</i>	1.00

BUCHNER (LUIS)

<i>La vida psíquica de las bestias</i>	3.00
<i>El hombre ante la ciencia</i>	1.00
<i>Fuerza y materia</i>	1.00
<i>Luz y vida</i>	1.00
<i>Ciencia y naturaleza</i>	1.00

PROUDHON (P. J.)

<i>La única salvación</i>	1.00
<i>La educación — El trabajo</i>	1.00

RENOVACIÓN

CUADERNOS DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Asdrúbal Villalobos

PUBLICADOS:

- 1 *Las virgenes locas*, V. Blasco Ibáñez..... ₡ 0.15
- 2 *Clopinel*, Anatole France..... 0.15
- 3 *Homenaje a Francia*, Varios..... 0.25
- 4 *La escuela altruista*, Anselmo Lorenzo.. 0.15
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet..... 0.25

EN PRENSA:

- 6 *La Basílica-Fantasma*, Pierre Loti..... 0.25

 Lea **COLECCIÓN EOS**

La mejor revista del país

Si le interesa esta publicación solicítela a los editores Falcó & Borrásé.

Dirección: 7.^a Avenida, Este, N.º 42,
Apartado 638, San José, Costa Rica.

IMPRENTA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN

CASA EDITORIAL

FALCÓ Y BORRASÉ

SAN JOSÉ DE COSTA RICA : CENTRO AMÉRICA

Colección EOS



<i>Cuentos de una buena madre</i>	3.00
<i>Leyendas de Flandes</i>	3.00
<i>La Gitanilla</i>	3.00
<i>La española inglesa</i>	3.00
<i>Viajes y aventuras</i>	3.00
<i>Cuentos de la Alhambra</i>	3.00
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i>	3.00
<i>Zoología pintoresca</i>	3.00
<i>Martin el tonelero</i>	2.50
<i>Cuentos de Andersen</i>	2.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm</i>	2.50
<i>Flores y arboledas</i>	2.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego</i>	1.90
<i>El Kreuzer</i>	1.90
<i>Fábulas de Iriarte</i>	2.00
<i>La vida es sueño</i>	2.00
<i>El Conde Lucanor</i>	2.00
<i>Hernán Cortés</i>	2.00
<i>El Califa cigüeña</i>	2.00
<i>El hurto sabroso</i>	1.00
<i>La voz de las campanas</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>¡Dios salve a la Reina!</i> , Allen Upwar.....	1.00
<i>Minnie</i> , A. Lichtenberger.....	1.00
<i>Casa por alquilar</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Nerto</i> , Federico Mistral.....	1.00
<i>El secreto del ahorcado</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Tom Sawyer, detective</i> , Mark Twain.....	1.00

Los huevos de Pascua : Cuentos de Carlos Perrault

El pájaro azul : Novelas caballerescas

Cuentos de la Condesa d'Aulnoy : La entrada del Paraíso

Sor Teresa : Un duelo en la Edad Media

El ángel bueno y el ángel malo : El ramo de oro

Cada tomo lujosamente empastado ₡ 1.50.

La torre negra : El niño robado : El doctor Langevo

: El cazador furtivo : El caballero de Lys

El tesoro : La rosa de los vientos : Un sueño

de cien años : El caballero del cisne : Un visitante

misterioso : El compadre de la muerte : La

virgen de los espinos : El triunfo del Ave María.

Cada tomo empastado ₡ 0.50.

San José, C. R.

COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

Romain Rolland y la Guerra

Desde fría eminencia suiza distribuye Romain Rolland críticas y recompensas a los héroes de esta guerra adusta. Condena o exalta alternativamente, seguro de su magisterio tolstoiano. A su helado riesgo no llegan las pasiones de la tierra, la admirable tensión de los patriotismos exacerbados. ¿Quién le confirió en esta insoluta querella la altiva función de juez? En su conciencia profunda un infalible instinto le guía, una divina voz. Aspira a la serenidad de Goethe anciano, a la metafísica indiferencia de Hegel en la era generosa de Valmy. ¿No elogiaron a Napoleón triunfante estadistas y filósofos, olvidando la miseria de la patria vencida? El cañón tonante no llegó a perturbar en los seminarios de la inteligencia alemana la construcción de escuetos silogismos. Un observatorio astronómico sirve a este árbitro flamante, como a Renán, para contemplar «sine ira et studio» en el silencio de las noches estelares, el avance de la tierra ensangrentada.

Rolland es francés y abandona su patria invadida, para examinar, en ciudad neutral, su ira justa. La prensa de París condena amargamente su desertión

moral. De lejos aplaude heroísmos, él que estudió en libros célebres las vidas ejemplares. «Romain Rolland —escribe Henri Massis, representante de violentas generaciones francesas— parece un corazón universal: ama a todo el mundo, sin duda porque no puede amar a su padre, a su patria, a Dios, filiación de la paternidad». Se proclama idealista en el choque de los intereses vulgares, pero el verdadero idealista «se bate, da su vida a algo que juzga más grande que su propia existencia». En el solitario de la Ginebra presente buscan refugio las almas sin virilidad, «todo lo que no tiene patria, ni casa, ni enseña». Severa acusación explicable en una hora solemne en que callan las voces universales. Todo pontificado de unión, de Roma, de Helvecia, de Washington, olvida la angustia de ideales castizos y el desfile de ideologías agresivas sobre las tercas trincheras. La patria obstinada y gloriosa considera a la humanidad y a sus apóstoles como usurpadores de energía y ladrones de un amor necesario. Fuerzas y pasiones locales resurgen majestuosamente contra el vago internacionalismo de antaño. Rolland levanta su evangélica tribuna en una encrucijada de odios. Gesticula mientras el mundo combate y sangra, y caen en el cotidiano holocausto, los icones de beatos pacificadores.

Músico y crítico, biógrafo de vidas heroicas como la de Beethoven, profesor de armonía, predicaba unión a pueblos desconcertados. Un ensayo de conciliación trascendental, *Jean Christophe*, moderna odisea en muchos volúmenes minuciosos, encanta a los pacifistas, es leído en Francia y admirado en Alemania por generosas y libres juventudes. Historia de un alma

musical que viene de más allá del Rin, rica en profunda sensibilidad, en indefinida «gemüth,» inquieta y lírica, a redimir la sequedad francesa y a aceptar en un esfuerzo de madurez su lúcida preeminencia. No sin curiosas reservas, porque este notable escritor que admira a Goethe prefiere la crepuscular indecisión del instinto a la viril rudeza de la razón. En él revive un humanitarismo retórico, un Rousseau modernizado, el fervor democrático y los salmos a la gran patria sin fronteras. Edifica «la ciudad de Dios» no como los místicos en la celosa intimidad de la conciencia, sino en pleno foro, en medio de épicos vientos, sobre el tumulto de los rencores humanos. Ha condenado la resistencia como el búdico profeta de Yasnaïa Poliana: «Es buena la derrota, la derrota voluntaria, consentida, buscada». Decid a la Francia enhiesta que será «mala su victoria» y que un fracaso nacional la curaría de antiguos males, y os creerán importuno humorista que disuelve «la unión sagrada» o espía envidioso del gran resurgimiento.

Francés, de herencia moral, alemán de simpatías musicales, vástago de civilizaciones contradictorias, patriota de una futura Cosmópolis, Rolland acepta los dones de todas las razas en su suntuosa tienda nómada. Los elementos más divergentes caen «en la fragua ardiente de su corazón, las fuerzas que niegan y las que afirman, enemigas y amigas, todo el metal de la vida». Resuelve las antinomias en un supremo culto a la vida, al instinto sabio, al misterio de fuerzas subterráneas que traen, al mundo dividido, una segura unidad. Odia la mutilación de la vida, el nó impío con que condenamos aspectos de su riqueza esencial. Prag

matista, prefiere a las teorías muertas la vida irregular y tumultosa; a las disyuntivas de una lógica petrificada, el juego libre de las cosas. Diverso, múltiple, abundante, el curso de los días, «la catarata del mundo» nos diviniza cuando respetamos su original lección. Con temblor de sibila, Rolland exalta el «huracán de la vida», el «furor de vivir» extraño a fines de razón, a sumisiones y tradiciones, análogo al delirio de las mujeres báquicas coronadas de hojas de encina y de verde esmilácea, en el coro de Eurípides.

Y la guerra opone a esta fecunda demencia duros límites de razón nacional; forma de la universal corriente impetuosa en que un Rolland consecuente descubriría la majestad del instinto. El autor de *Jean Christophe* sólo escucha «la música de las esferas» humanas y cree en la profunda fraternidad de las almas. Ante el fenómeno deformador de este conflicto de razas que perturba su beata visión, saluda nuevas auroras y descubre en la sinfonía de las batallas, débiles notas de espiritual acercamiento.

Un pequeño libro condensa su experiencia de la guerra, su alta visión «por encima del choque humano». Artículos del *Journal de Genève* de fines de 1914 a Agosto de este año, elocuentes comentarios de claro interés que entrega a la meditación francesa su autor desolado. «Como los más luminosos genios de la tierra», Walth Whitman o Tolstoi, había cantado la universal fraternidad y en el conflicto desencadenado no olvida su fe indeclinable. Anunció, en el último libro de *Jean Christophe*, esta obra de muerte, deploró el gobierno de los mediocres sobre la especie sumisa de los hombres. «La Europa entera, la Europa ayer no más es-

céptica y apática, como un bosque muerto, era presa del fuego y un deseo de combate se apoderaba de todas las almas». Rolland confiesa su amargura: «He trabajado toda mi vida en acercar—dice en su carta a Gerart Hauptmann—los espíritus de nuestros dos pueblos, y las atrocidades de la guerra impía que los empuja uno contra otro para ruina de la civilización europea no llegarán jamás a manchar de odio mi espíritu.»

Injustamente se le ha acusado de olvidar los intereses de Francia o de desconocer su heroica voluntad de defensa. Rolland no admite la expansión de una opresora «Kultur»: «Cultivad vuestro jardín—dice a los alemanes—nosotros cultivamos el nuestro. Existe una flor sagrada por la cual daría yo todos los productos de vuestra flora domesticada: es la violeta salvaje de la libertad», que durará, aunque sea hollada por el teutón despótico, más que sus cárceles y sus inverna-deros. Apostrofándolos, después de la destrucción de Reims: «¿Sois los nietos de Goethe o de Atila—exclama—hacéis la guerra a los ejércitos o al espíritu humano?» Como los profetas judíos, pide para esa «raza de fariseos», enferma de «orgullo sacrilego», el castigo de Jehová, se rebela contra la organización por la fuerza, obra de armados inquisidores. En la cuenta invasión de Bélgica reconoce un «crimen contra el honor, que provoca el desprecio de toda recta conciencia y es enteramente digno de la tradición política de los reyes de Prusia». Es hijo de Leibnitz y de Beethoven, pero no de la estéril Alemania moderna a que nada debe el mundo, de ese cuartel millonario de seres mecánicos, donde en vano buscamos el vigor de un genio como Dostoiévsky, de esa yerba patria guerrera que

señalará antaño espirituales derroteros al mundo.

Pero venciendo su exclusivo patriotismo en supremo esfuerzo de elevación humanitaria, critica también a Francia, de cuyos escritores «no está satisfecho». Le inquieta el odio que predicán en la más cruel de las guerras, y pide justicia a las almas dolientes. «La guerra, como escribe Rolland, es fruto de la debilidad de los pueblos y de su estupidez». No cree en su fatalidad, excusa de espíritus impotentes. Y en su horror cotidiano clama por la paz serena, por la ciudad armoniosa en que se juntan «las almas fraternales y libres del mundo entero». Suiza es ya refugio de espíritus desencantados en la bancarrota de la civilización, asilo contra la fuerza circundante, solar de la razón en medio de un frenético desencadenamiento de pasiones nacionales. En la guerra admiran los cristianos el sacrificio, la súbita transformación del hombre mediocre en héroe de Epicteto, la regeneración por la sangre de adormecidas generaciones; pero felizmente existen para la abnegación nobles y humanas empresas de paz. «¿No es posible, cristianos—pregunta el convencido pacifista—sacrificarse sin sacrificar al prójimo consigo?»

Las fuerzas augustas, cristianismo y socialismo han renegado de su noble historia. El pontífice, el «Júpiter del Vaticano, que prodigaba sus rayos contra sacerdotes inofensivos», no ha sabido condenar, en la desmesurada ambición de príncipes criminales. La masa proletaria olvida sus conferencias de paz y profesa un repentino nacionalismo. En la gran contienda sorprende la unanimidad, «contagio de furor mortífero». Rolland desolado, examina la inmensa locura de los hombres:

«Ningún pensamiento librè ha podido librarse de la epidemia. Diríase que sobre este choque de pueblos, en el cual será de todos modos mutilada la Europa, flota una demoníaca ironía». Perecen no sólo millones de combatientes, sino las mismas fuerzas del espíritu, fe, poesía, ciencia, al servicio de los ejércitos. Duelo de metafísicos y de poetas, de Eucken contra Bergson, de Wells contra Bernard Shaw, de Hauptmann contra Mæterlink, himnos de odio y silogismos de desdén que acompañan al clarín de los asaltos y al conciso parte de las destrucciones.

Y no son los pueblos mansos, culpables de esta consagrada abominación. La masa obscura y laboriosa se inclina a fraternizar. Ministros de la razón de estado y de la salud pública preparan los combates en mefistofélicas salas, construyen precarias grandezas en periódicos holocaustos. Tres grandes culpables, «tres águilas rapaces, proclama Rolland, tres imperios: la tortuosa política de la casa de Austria, el zarismo devorador y la Prusia brutal», lanzan a sumisas muchedumbres, en nombre de un fanático imperialismo, a interminables guerras desoladoras. Entre estos imperialismos, el prusiano es el primero, «expresión de una casta militar y feudal, azote no sólo para el resto del mundo, sino para la misma Alemania cuyo pensamiento ha encadenado cuidadosamente». Como otros generosos escritores, separa Rolland del pueblo alemán al estado mayor de generales y profesores que lo dirige tiránicamente, a la manera de ese cruel sindicato de sabios que, en los diálogos de Renán, domina desde invisibles laboratorios al mundo microbiano. Pero la escuela y la prensa han cambiado el alma de

la romántica, de la vieja Alemania, en altiva voluntad absoluta y las Gretchen que armaban el brazo suicida de Werther, en ásperas walkirias. Una extraordinaria unanimidad agita al pueblo que se cree llamado, lo dicen recientes publicaciones, a sacrificar al mundo para salvarlo...

Una generación escapa, según los testimonios que cita Rolland, al furor germánico, la última que muere en Polonia y en Flandes gallardamente, ejército de efebos incapaces de estrecha pasión. Irónicamente cambia la fe de la juventud cuando sus precursores imponen la guerra inexpiable. Imberbes poetas, Franz Werfel, Fritz von Umruh, cantan que «la ternura es sabiduría y la dulzura razón», y, en la dureza de los combates, recuerdan la blanca paz. Creen en la muerte fraternal que concede a humanidades violentas un santo reposo. Revistas, como las *Hojas para el arte*, las *Blancas Hojas*, la *Acción*, el *Foro*, preparan «la victoria del espíritu» y se mantienen indiferentes a la política y a la guerra. La literatura francesa, Francis James, Charles Péguy, André Gide; la pintura, el artístico fervor de París, el refinamiento de los cenáculos, la vida trepidante de la Capital de la Belleza, habían conquistado a muchos escritores. Cuando cae Charles Péguy, y culmina en heroísmo su simple vida de místico, el director de una revista alemana se inclina «ante la más vigorosa y la más pura fuerza moral que ofrece la actual literatura de Francia».

Si la flamante juventud gala ama, como sus abuelos, el deporte y la tragedia en que la muerte sirve de diaria solución; más allá del Rin, los muchachos que abandonan las escuelas prefieren a la acción el claro juego

de las ideas y hubieran llegado quizás a la elegante indecisión de Hamlet.

Piedad para todos los que luchan, búdica fraternidad en medio de los cruzados del odio, impulsan al libre autor de *Jean Christophe*. Ni le admiran en Alemania ni le comprenden en Francia, porque ante la agresión de las ideas y de los hombres, se afana en agitar la blanca enseña de los parlamentarios. Ignora siempre este pensador el formidable vigor de las pasiones castizas. Europa odia, y él ama beatamente, oponiendo a heroicas muchedumbres su personalidad exasperada. Renuncia a su patria gloriosa para vivir ya en una serena y utópica humanidad. Extraño a la pasión común, se convierte en ibseniano «enemigo del pueblo» y de los pueblos. Trágica posición espiritual en un mundo intenso y dividido. ¿Es traidor o precursor, sirve al ideal o abandona la causa francesa? De pie ante el indeciso porvenir, espera noblemente la grave sentencia absolutoria o condenatoria de las nuevas generaciones.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

De *Marconigrama*.

OBRA NUEVA

Se ha puesto a la venta BOCETOS, original de ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS, editada por los señores Falcó & Borrásé. Impresa en buen papel. Precio: 50 CÉNTIMOS tomo.

El Padre Las Casas

Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre Las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fué bueno. No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre Las Casas, porque con la bondad se le fué poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda, y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vió en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El sol, lo veía él siempre salir, sobre cubierta. Iba alegre en el barco,

como aquel que va a ver maravillas. Pero desde que llegó, empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor: ¡pero aquellos conquistadores asesinos debían de venir del infierno, no de España! Español era él también, y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones, o más, que hubo en la Española!: él no los iba cazando con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas: él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas: él no los azotaba, hasta verlos desmayar, porque no sabían decirle a su amo donde había más oro: él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar en castigo las orejas: él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaban ferreruelo, para ir muy galán a la plaza, a las doce, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. El los vió quemar, los vió mirar con desprecio desde la hoguera a sus verdugos; y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fué a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Al monte se habían ido, a defenderse, cuantos indios de honor quedaban en la Española. Como amigos habían recibido ellos a los hombres blancos de las barbas: ellos les habían regalado con su miel y su maíz, y el mismo rey Bohechío le dió de mujer a un

español hermoso su hija Higuemota, que era como la torcaza y como la palma real: ellos les habían enseñado sus montañas de oro, y sus ríos de agua de oro, y sus adornos, todos de oro fino, y les habían puesto sobre la coraza y guanteletes de la armadura pulseras de las suyas, y collares de oro: ¡y aquellos hombres crueles los cargaban de cadenas; les quitaban sus indias, y sus hijos; los metían en lo hondo de la mina, a halar la carga de piedra con la frente; se los repartían, y los marcaban con el hierro, como esclavos!: en la carne viva los marcaban con el hierro. En aquel país de pájaros y de frutas los hombres eran bellos y amables; pero no eran fuertes. Tenían el pensamiento azul como el cielo, y claro como el arroyo; pero no sabían matar, forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora. Con huesos de fruta y con gajos de mamey no se puede atravesar una coraza. Caían, como las plumas y las hojas. Morían de pena, de furia, de fatiga, de hambre, de mordidas de perros. ¡Lo mejor era irse al monte, con el valiente Guaroa, y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar al reyecito bravo, a Guarocuya! El saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar, a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche, como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte, cuando se les apareció entre los españoles armados el Padre Las Casas, con sus ojos tristísimos, en su jubón y su ferreruelo. El no les disparaba el arcabuz: él les abría los brazos. Y le dió un beso a Guarocuya.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España habla-

ban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo, y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa, con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños indios en tres meses. Y los oidores le decían: «Cálmese, licenciado, que ya se hará justicia»: se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los ricos del país, y tenían buen vino y buena miel de Alcarria. Ni merienda ni sueño había para Las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano: creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía, y como que eran sus hijos todos los indios americanos. De abogado no tenía autoridad y lo dejaban solo: de sacerdote tendría la fuerza de la iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar a la corte. Y el día en que entró de sacerdote toda la isla fué a verlo, con el asombro de que tomara



Tenemos a la disposición de los lectores **TODOS** los números de EOS, desde el primer cuaderno.

aquella carrera un licenciado de fortuna: y las indias le echaron al pasar a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid; de pelea con el rey mismo: contra España toda, él solo, de pelea. Colón fué el primero que mandó a España a los indios en esclavitud, para pagar con ellos las ropas y comidas que traían a América los barcos españoles. Y en América había habido repartimiento de indios, y cada cual que vino de conquista, tomó en servidumbre su parte de la indiada, y la puso a trabajar para él, a morir para él, a sacar el oro de que estaban llenos los montes y los ríos. La reina, allá en España, dicen que era buena, y mandó a un gobernador que sacase a los indios de la esclavitud; pero los encomenderos le dieron al gobernador buen vino, y muchos regalos, y su porción en las ganancias, y fueron más que nunca los muertos, las manos cortadas, los siervos de las encomiendas, los que se echaban de cabeza al fondo de las minas. «Yo he visto traer a centenares maniatadas a estas amables criaturas, y darles muerte a todas juntas, como a las ovejas». Fué a Cuba de cura con Diego Velázquez, y volvió de puro horror, porque antes que para hacer casas, derribaban los árboles para ponerlos de leñas a las quemazones de los tainos. En una isla donde había quinientos mil «vió con sus ojos» los indios que quedaban: once. Eran aquellos conquistadores soldados bárbaros, que no sabían los mandamientos de la ley, y tomaban a los indios de esclavos, para enseñarles la doctrina cristiana, a latigazos y a

mordidas! De noche, desvelado de la angustia, hablaba con su amigo Rentería, otro español de oro. ¡Al rey había que ir a pedir justicia, al rey Fernando de Aragón! Se embarcó en la galera de tres palos, y se fué a ver al rey.

Seis veces fué a España, con la fuerza de su virtud, aquel padre que «no probaba carne». Ni al rey le tenía él miedo, ni a la tempestad. Se iba a cubierta cuando el tiempo era malo: y en la bonanza se estaba el día en el puente, apuntando sus razones en papel de hilo, y dando a que le llenaran de tinta el tintero de cuerno «porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie, en latín y en castellano». Si en Madrid estaba el rey, antes que a la posada a descansar del viaje, iba al palacio. Si estaba en Viena, cuando el rey Carlos de los españoles era emperador de Alemania, se ponía un hábito nuevo, y se iba a Viena. Si era su enemigo Fonseca el que mandaba en la junta de abogados y clérigos que tenía el rey para las cosas de América, a su enemigo se iba a ver, y a ponerle pleito al Consejo de Indias. Si el cronista Oviedo, el de la «Natural Historia de las indias», había escrito de los americanos las falsedades que los que tenían las encomiendas le mandaban poner, le decía a Oviedo mentiroso, aunque le estuviera el rey pagando por escribir las mentiras. Si Sepúlveda, que era el maestro del rey Felipe, defendía en sus «conclusiones» el derecho de la corona a repartir como siervos, y a dar muerte a los indios, porque no eran cristianos, a Sepúlveda le decía que no tenían culpa de estar sin la cristianidad los que no sabían que

hubiera Cristo, ni conocían las lenguas en que de Cristo se hablaba, ni tenían más noticia de Cristo que la que les habían llevado los arcabuces. Y si el rey en persona le arrugaba las cejas, como para cortarle el discurso, crecía unas cuantas pulgadas a la vista del rey, se le ponía ronca y fuerte la voz, le temblaba en el puño el sombrero, y al rey le decía, cara a cara, que el que manda a los hombres ha de cuidar de ellos, y si no los sabe cuidar, no los puede mandar, y que lo había de oír en paz, porque él no venía con manchas de oro en el vestido blanco, ni traía más defensa que la cruz.

O hablaba, o escribía, sin descanso. Los frailes dominicanos lo ayudaban, y en el convento de los frailes se estuvo ocho años, escribiendo. Sabía religión y leyes, y autores latinos, que era cuanto en su tiempo se aprendía; pero todo lo usaba hábilmente para defender el derecho del hombre a la libertad, y el deber de los gobernantes de respetárselo. Eso era mucho decir, porque por eso quemaban entonces a los hombres. Llorente, que ha escrito la «Vida de Las Casas», escribió también la «Historia de la Inquisición», que era quien quemaba: el rey iba de gala a ver la quemazón, con la reina y los caballeros de la corte: delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde: de la hoguera salía un humo negro. Y Fonseca y Sepúlveda querían que «el clérigo» Las Casas dijese en sus disputas algún pecado contra la autoridad de la iglesia, para que los inquisidores lo condenaran por hereje. Pero «el clérigo» le decía a Fonseca: «¡Lo que yo digo es lo que dijo en su testamento la buena reina Isabel; y tú me quieres mal y

EOS

Tomo IV - Números 37 a 48

Julio a Octubre de 1917

ÍNDICE DE AUTORES

	Págs.
A.....	26 ²
A. M.....	Pepe Acuña..... 193-194
Acuña, José B.....	Cartas..... 195
Alfaro Cooper, J. M ^a	¿Utopia?..... 95
»	Germanos y teutones..... 139
»	Espíritu de Francia..... 316
Altamira y Crevea, R.....	Gravoche..... 75
Alvarado, Q., Alejandro	Se ve brillar..... 38
«Andrenio».....	Los ingleses..... 374
Arndt, E. M.....	Discurso..... 321
Bello, Andrés.....	Palabras de Lincoln..... 317
Berry, Walter.....	Kadaver..... 320
Braun, J. A.....	A Francia..... 68
Brenes Córdoba, A.....	El derecho internacional..... 263
Campuzano M., Arturo	Reminiscencias..... 172-212-246
Córdovez Moure, J. M ^a	Francia..... 149
Eosina.....	Un prólogo..... 238
»	Contrastes..... 240
»	Al jabón de Reuter..... 242
»	¡Vamos!..... 309

<i>Eremita</i>	Específicos	8
»	Suspensión de pagos	14
»	Una vez por todas	19
»	Cómo se fomenta la Agricultura.....	22
»	Comparaciones	30-209
»	Lugares comunes	33
»	El Salvador	58
»	¿Y los fondos?	64
»	Asuntos de Colombia.....	141
»	El proyecto de presupuesto.....	207
»	Dos contestaciones.....	228
»	Simplezas.....	230
»	Faguet y Ospina.....	279
España.....	Melquiades Alvarez y Gasset.....	305
<i>Ferraz, Val. F.</i>	Bibliografía..... ant.	65-343
»	La Bastilla.....	67
»	De propaganda fide.....	282
<i>Fournier Q., Ricardo</i> ..	Regocijémonos	84
Gaceta Oficial.....	Brindis del Dr. Castro	257
»	Discurso del Dr. Montúfar..	260
»	Da vergüenza.....	284
<i>Gagini, Carlos</i>	A Francia	68
<i>García C., Francisco</i> ..	Romain Rolland.....	353
<i>George y Vitale</i>	El impuesto único.....	45
<i>González, M. G.</i>	Habla el indio.....	377
<i>g. f. r.</i>	Mentalidad alemana.....	123-152-189 222-255
<i>Guardia Q., Victor</i>	Ante el Rep. de Francia.....	86
«Healthy».....	Mujeres del Evangelio.....	1
<i>Jiménez, Manuel F.</i>	Carta	225
<i>J. P. E.</i>	Composición	240
<i>Jiménez Rojas, Elías</i> ...	Pequeñas Notas	21-60-100-152 153-171-244-344
»	Para el mal que hoy acaba....	41
»	El Resplandor del Ocaso....	62
»	Obras maestras	138
»	Kiss me not (arreglo).....	188
»	Metafísica?.....	236
»	El caso de Eosina	237

<i>Jiménez Rojas Elías</i> ...	Al Dr. R.....	276
<i>Lafosse, Victor</i>	Psitacismo, Bovarismo, Sisi- fismo.....	26
»	Naturaleza del hombre.....	231
<i>Lefèvre</i>	Párrafos filosóficos	312
<i>Leibnitz</i>	228
<i>Lewis Allen, Fred</i>	Tradición y guerra.....	295
«Lira, Carmen».....	Renán	71
»	¿Para qué?.....	144
<i>Martí, José</i>	El Padre Las Casas.....	362
<i>Martínez Silva, Carlos</i>	Presupuesto	7
<i>Mella, Ricardo</i>	254
<i>Mercier, Cardenal</i>	Católicos del otro lado.....	319
<i>Palacio Valdés, A.</i>	La guerra injusta.....	308
<i>Pérez, Enrique</i>	Neutralidades que matan....	291
<i>Pombo, Rafael</i>	El herrero de aldea	159
<i>Presidente de Colombia</i>	Mensaje.....	229
<i>Quesada L., Napoleón</i>	¡Madre admirable!.....	82
«Quintiliano».....	Legitimidad.....	129
<i>Quirós, Juan B.</i>	En la Exposición	262
<i>Ramírez, Ignacio</i>	Desespañolización	378
<i>Rendán</i>	Juventud de la Academia...	70
<i>Ribot</i>	Paz fundada en el Derecho.	318
<i>Richet, Carlos</i>	La ciencia francesa	105
<i>Rodó</i>	Especialización prematura ..	143
<i>Soler, Francisco</i>	Los heridos de piedra.....	103
<i>S. S.</i>	Un comentario a la Declara- ción de los Derechos de las Naciones	161
<i>Sáenz, Marco Fidel</i>	221
<i>Torres, Carlos Arturo</i>	59
<i>Tovar, Rómulo</i>	¡Dulce Francia!.....	83
<i>Unamuno, Miguel de</i> ..	Coloquio con A. Pérez	269
<i>Uribe V., Francisco</i> ..	La Constitución de Río Negro.	286
<i>Urrutia, Francisco J.</i>	Comentario.....	163
<i>Valencia, Guillermo</i>	59
<i>Vargas, Guillermo</i>	La Sonrisa de Francia	101
<i>Villalobos, Asdrúbal</i> ..	Mensaje	65
<i>Villarroel, Leal</i>	Circular	307
<i>Wagner</i>	40

«Ywolsky»	Quia nominor leo.....	288
Zelaya, Ramón	La Revolución Francesa.....	79
Zeledón, J. M. («Billo»)	Ir solo.....	289
» » »	Viejecitos.....	375



me calumnias, porque te quito el pan de sangre que comes, y acuso la encomienda de indios que tienes en América!» Y a Sepúlveda, que ya era confesor de Felipe II, le decía: «Tú eres disputador famoso, y te llaman el Livio de España por tus historias; pero yo no tengo miedo al elocuente que habla contra su corazón, y que defiende la maldad, y te desafío a que me pruebes en plática abierta que los indios son malhechores y demonios, cuando son claros y buenos como la luz del día, e inofensivos y sencillos como las mariposas». Y duró cinco días la plática con Sepúlveda. Sepúlveda empezó con desdén, y acabó turbado. El clérigo lo oía con la cabeza baja y los labios temblorosos, y se le veía hincharse la frente. En cuanto Sepúlveda se sentaba satisfecho, como el que hincó el alfiler donde quiso, se ponía el clérigo en pie, magnífico, regañón, confuso, apresurado. «¡No es verdad que los indios de México mataron cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata España en la horca!» «¡No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos nosotros quién, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratado como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!» «¡No es verdad, sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el rey para hacerse de súbditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de la religión a los trabajos de las bestias; y quitarle los hijos y lo que tiene de comer; y ponerlo a halar de la

carga con la frente, como los bueyes!» Y citaba versículos de la Biblia, artículos de la ley, ejemplos de la historia, párrafos de los autores latinos, todo revuelto y de gran hermosura, como caen las aguas de un torrente, arrastrando en la espuma las piedras y las alimañas del monte.

Solo estuvo en la pelea; solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, no quería descontentar a los de la conquista, que le mandaban a la corte tan buen oro: solo cuando Carlos V, que de niño lo oyó con veneración, pero lo engañaba después, cuando entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las «cosas del clérigo» en contra de los de América, que le enviaban de tributo los galeones de oro y joyas; solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, y lo dejó todo a su muerte, envenenado y frío, como el agujero en que ha dormido la víbora. Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos: al ministro no le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. De miedo de perder el favor de la corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no los oyeran: porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan,

o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo: ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

Y como él era tan sagaz que no decía cosa que pudiera ofender al rey ni a la Inquisición, sino que pedía la bondad con los indios para bien del rey, y para que se hiciesen más de veras cristianos, no tenían los de la corte modo de negársele a las claras, sino que fingían estimarle mucho el celo, y una vez le daban el título de «Protector Universal de los indios», con la firma de Fernando, pero sin modo de que le acatasen la autoridad de proteger; y otra, al cabo de cuarenta años de razonar, le dijeron que pusiera en papel las razones por qué opinaba que no debían ser esclavos los indios; y otra le dieron poder para que llevase trabajadores de España a una colonia de Cumaná donde se había de ver a los indios con amor, y no halló en toda España sino cincuenta que quisieran ir a trabajar, los cuales fueron, con un vestido que tenía una cruz al pecho, pero no pudieron poner la colonia, porque «el adelantado» había ido antes que ellos con las armas, y los indios enfurecidos disparaban sus flechas de punta envenenada contra todo el que llevaba cruz. Y por fin le encargaron, como por entre tenerlo, que pidiese las leyes que le parecían a él bien para los indios, «¡cuántas leyes quisiera, pues, que por leyes más o menos no hemos de pelear!», y él las escribía, y las mandaba el rey cumplir, pero en el barco iba la ley, y el modo de desobedecerla. El rey

le daba audiencia, y hacía como que le tomaba consejo; pero luego entraba Sepúlveda, con sus pies blandos y sus ojos de zorra, a traer los recados de los que mandaban los galeones, y lo que se hacía de verdad era lo que decía Sepúlveda. Las Casas lo sabía, lo sabía bien; pero ni bajó el tono, ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era, ni de contar en su «Descripción» las «crueldades», para que el rey mandara al menos que no fuesen tantas, por la vergüenza de que las supiera el mundo. El nombre de los malos no lo decía, porque era noble y les tuvo compasión. Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra.

Fué obispo por fin, pero no de Cuzco, que era obispado rico, sino de Chiapas, donde por lo lejos que estaba el virrey, vivían los indios en mayor esclavitud. Fué a Chiapas, a llorar con los indios; pero no sólo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo, a negarles la iglesia a los españoles que no cumplían con la ley nueva que mandaba poner libres a los indios, a hablar en los consejos del ayuntamiento, con discursos que eran a la vez tiernos y terribles, y dejaban a los encomenderos atrevidos como los árboles cuando ha pasado el vendaval. Pero los encomenderos podían más que él, porque tenían el gobierno de su lado; y le componían cantares en que le decían traidor y español malo; y le daban de noche músicas de certero, y le disparaban arcabuces a la puerta para ponerlo en temor, y le rodeaban el convento armados—todos armados—contra

un viejo flaco y solo. Y hasta le salieron al camino de Ciudad Real para que no volviera a entrar en la población. El venía a pie, con su bastón, y con dos españoles buenos, y un negro que lo quería como a padre suyo: porque es verdad que Las Casas, por el amor de los indios, aconsejó al principio de la conquista que se siguiese trayendo esclavos negros, que resistían mejor el calor; pero luego que los vió padecer, se golpeaba el pecho, y decía: «¡con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que dí por mi amor a los indios!» Con su negro cariñoso venía, y los dos españoles buenos. Venía tal vez de ver cómo salvaba a la pobre india que se le abrazó a las rodillas a la puerta de su templo mexicano, loca de dolor porque los españoles le habían matado al marido de su corazón, que fué de noche a rezarle a los dioses: ¡y vió de pronto Las Casas que eran indios los centinelas que los españoles le habían echado para que no entrase! ¡El les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban! Y no se quejó, sino que dijo así: «Pues por eso, hijos míos, os tengo de defender más, porque os tienen tan martirizados que no tenéis ya valor ni para agradecer». Y los indios, llorando, se echaron a sus pies, y le pidieron perdón. Y entró en Ciudad Real, donde los encomenderos lo esperaban, armados de arcabuz

 La nota que aparece en la página 337 del número 47 salió sin unas comillas. Salvo los dos primeros renglones, todo es tomado del *Repertorio Colombiano* (Nov. de 1881).